



**ALFONSO VI AL DESCUBIERTO:
LA FIGURA DEL MONARCA EN DOS NOVELAS DEL SIGLO XXI***

ALFONSO VI EXPOSED: THE MONARCH
IN TWO HISTORICAL NOVELS OF THE 21ST CENTURY

Raquel Crespo-Vila

Universidad de Salamanca

rcrespo@usal.es

<http://orcid.org/0000-0002-0382-6516>

Recepción 30-03-2023 – Aceptación 17-05-2023

Resumen

El propósito de este trabajo radica en examinar y, en la medida de lo posible, explicar la imagen de Alfonso VI recreada en dos novelas históricas actuales: *El señor de las dos religiones* (2005), de Juan José Hernández, y *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey* (2008), de José Pedro Pedreira. Además de tener en cuenta la investigación historiográfica que concierne a este monarca, se trataba de poner en relación dichos textos con su contexto de producción y con algunos de los patrones narratológicos más reconocibles de la ficción histórica contemporánea; sin olvidar toda esa tradición relativa al Cid Campeador en la que Alfonso VI participa. Con tal pretensión, se seleccionan tres parámetros de análisis muy concretos: la voz narrativa de las novelas, la recreación de la toma de Toledo y el tratamiento de la figura de Rodrigo Díaz.

Palabras clave: Alfonso VI, ficción histórica contemporánea, novela de tema medieval, materia cidiana.

* La autora agradece al programa «Margarita Salas» para la Recualificación del Sistema Universitario Español (2021-2023), financiado por el Ministerio de Universidades y los Fondos *Next GenerationUE* (Orden UNI/551/2021 y Real Decreto 289/2021) e incluido dentro del Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia, bajo el que desarrolla su formación posdoctoral y una estancia de investigación en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

Abstract

The purpose of this work is to examine and, as far as possible, explain the image of Alfonso VI recreated in two current historical novels: *El señor de las dos religiones* (2005), by Juan José Hernández, y *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey* (2008), by José Pedro Pedreira. It was necessary to consider the historiographical research that concerns this monarch, the current context of literary production, some of the most recognizable narratological particulars of contemporary Spanish historical fiction, and the cidian tradition in which Alfonso VI participates. The narrative voice of the novels, the recreation of the taking of Toledo and the treatment of the figure of Rodrigo Díaz were selected as concrete analysis parameters.

Keywords

Alfonso VI, Contemporary Historical Fiction, Medievalist Novel, Cidian Matter.

I. SOBRE LA NOVELA HISTÓRICA (DE TEMA MEDIEVAL)

Fueron muchas las voces autorizadas que, llegado el cambio de siglo, llamaron la atención sobre el notable auge experimentado por el género de la ficción histórica en el ámbito español durante las décadas precedentes (Sanz Villanueva, 2006; Salvador Miguel, 2001; Romera Castillo, 2000; entre otros). Así, tal y como ya hiciera Karl Kohut (1997, pp. 19-20), en el año 2000 y con motivo de la publicación de un volumen colectivo titulado *La novela histórica a finales del siglo XX* —editado por Romera Castillo, Gutiérrez Carbajo y García Page (1996)—, Ignacio Corona concedía a dicha «explosión» importancia análoga a la acontecida durante el siglo XIX:¹

¹ El volumen editado por Romera Castillo, Gutiérrez Carbajo y García-Page no sería el único que, consagrado al particular de la novela histórica, veía la luz por aquellos años. Se podrían señalar también otros casos, como *La novela histórica. Teoría y comentarios*, preparada por Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata Indurain (1998); *Reflexiones sobre la novela histórica*, comandada por José Jurado Morales (2006); *L'edat mitjà en el cinema i en la novel·la històrica*, a cargo de Josep Lluís Martos y Marinela García Sempere (2009), o el Anejo número 17 de la revista *Príncipe de Viana*, en tanto que *Ejemplar dedicado a: Congreso Internacional sobre la novela histórica: Homenaje a Navarro Villoslada*, coordinado por Ignacio Arellano y Carlos Mata Indurain (1996). Recojo la referencia de estas publicaciones en el listado bibliográfico final.

Para la literatura escrita en español, su relevancia es indudable. Por lo menos, en dos periodos el género ha estado en boga. El primero, bajo la influencia de Walter Scott y de los folletinistas franceses, produjo una novela histórica de inspiración romántica y de aliento nacionalista. El segundo, con una proliferación sin precedentes en este último cuarto de siglo, ha coincidido con un cuestionamiento teórico de la historia como discurso. (Corona, 2000, p. 109)

Cuestionamiento que, por lo demás y como bien se colige del mismo trabajo de Corona, mucho tuvo que ver —aunque sean necesarios ciertos matices dependiendo del contexto de producción— con las revulsiones provocadas por el pensamiento posmoderno sobre el terreno de las letras (véase Holloway, 1999; Lozano Mijares, 2014; Navajas, 2016, para el caso español) y también en el seno mismo de la disciplina historiográfica (Morales Moya, 1992, pp. 15-38; Vidal Jiménez, 1999, pp. 11-44; Aurell, 2004, pp. 1-16; López, 2011, pp. 189-213; Jenkins, 2009, pp. 7-34).

Lejos de extenuarse, tal inclinación hacia el pasado parece haber seguido vigente una vez rebasada la barrera cronológica del nuevo siglo: «La Historia vende [...]. Muchos de los grandes *best sellers* españoles de los últimos años pueden ser considerados novelas históricas», afirmaba Ruiz Pleguezuelos (2012, p. 270) en un artículo de 2012 dedicado al caso de la novela histórica —y en el que, igualmente, ponía en relación el fenómeno con otros que, en última instancia, remiten a un contexto posmoderno. Aunque más elocuente a este respecto iba a resultar el exhaustivo estudio realizado por Huertas Morales (2015), ya no solo por corroborar la vitalidad que hubo de acompañar al género durante la primera década del siglo XXI —hasta el 2012, concretamente—, o por desentrañar algunas de las motivaciones tras este renovado interés por la historia en la novelística española —el desgaste de fórmulas realistas y sociales, la influencia de modelos extranjeros o el éxito comercial de determinados títulos (2015, p. 25). Sino porque, retomando y ampliando propuestas precedentes (Gómez Redondo, 1990; Díez de Revenga, 1993; Yerro Villanueva, 2001; Pérez Priego, 2005; Ruiz-Domènec, 2009), Huertas Morales ahondaba allí en los pormenores estructurales y temáticos del fenómeno.

A través de exhaustivo inventario compilado a tal efecto —más de quinientos ítems—, Huertas Morales demostró entonces que —junto a los episodios relacionados con la Guerra Civil, sus consecuencias y la «fiebre “arqueológica”» que parecía haber surgido al respecto de uno de los episodios más traumáticos de la historia nacional (Spitzmesser, 1999, pp. 1-2)— la ficción histórica española de entre siglos revelaba una abrumadora inclinación por asuntos de época medieval.

Privilegiado ya en su día por los autores de ficción histórica decimonónica, y tan dilatado como escasamente documentado, el Medioevo se vino a convertir en escenario recurrente para la fabulación histórica de los novelistas españoles, destacando, según Huertas Morales, dos ejes temáticos entre la enorme variedad de motivos argumentales que ofrece aquel periodo: por un lado, el universo religioso y/o sobrenatural de los siglos medios, concretado en tramas dedicadas a reliquias, antiguas creencias, diferencias entre credos o figuras e instituciones religiosas de la época. Por otro —y el que aquí más interesa—, el mundo guerrero y caballescresco, reflejado, sobre todo, en aquellas narraciones que se ocupan de batallas célebres del Medioevo o «de la vida y las gestas de personajes de gran relevancia, como pueden ser Rodrigo Díaz de Vivar [...] o Alfonso VI» (Huertas Morales, 2015, p. 26; pp. 118-119 para la cita).

He aquí el protagonista regio de estas líneas y el contexto de aparición de los textos que ocuparán las páginas que siguen. Pues, habiéndose revisado el caso de la presencia y reactualización de la figura del Cid Campeador en la narrativa española del siglo XXI (Crespo-Vila, 2021, entre otros),² conviene ahora dedicar espacio al rey que decidió desterrar al héroe de Vivar. El objetivo es, entonces, examinar la imagen del monarca que devuelven novelas como *El señor de las dos religiones* (2005), de Juan José Hernández o *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey* (2008), de José Pedro Pedreira, para ponerla en relación con la investigación historiográfica dedicada a tal figura e, igualmente, con las particularidades de esa eclosión —posmoderna, si se quiere— de lo medieval en la narrativa española contemporánea.³

² Ya en aquel trabajo examiné algunas de las particularidades que, como parte de un catálogo de textos relacionados con la recreación o recuperación de la materia cidiana en el siglo XXI, atañen a la novela de Juan José Hernández. Retomo aquí parte de aquellas ideas, para ampliarlas, prestar mayor atención a la figura de Alfonso VI y cotejar esta propuesta con la que, a su vez, propone José Pedro Pedreira.

³ Justifico la selección de estas dos novelas para la ocasión por cuanto la figura de Alfonso VI funge en ellas como protagonista principal e indiscutible; si bien, como es lógico, el personaje del monarca se ha venido inmiscuyendo entre las páginas de otros títulos contemporáneos igualmente ambientados en el siglo XI castellano. Véase, por ejemplo, el caso de aquellas novelas dedicadas a nombres emparentados con el del rey o pertenecientes a su círculo: *Doña Jimena* (2006) y *Zaida. La pasión del rey* (2007), ambas firmadas por Magdalena Lasala; *Urraca. Señora de Zamora* (2007), de Amalia Gómez; *El Cid* (2000), por José Luis Corral o *La tierra de Alvar Fáñez* (2014), de Antonio Pérez Henares, entre otros.

2. ALFONSO VI, ENTRE POETAS Y CRONISTAS

Tal y como explicaba Gamba, la imagen de conjunto de Alfonso VI que —a partir de la suma de fuentes fragmentarias y dispares— los historiadores han podido componer, aunque bastante completa, no escapa a las lagunas y a ciertos interrogantes todavía sin respuesta. La carencia de una crónica medieval dedicada en exclusiva a su figura ha sido, según el mismo experto, una de las mayores complicaciones para la tarea de los analistas; agudizándose estas dificultades por la compleja política matrimonial del monarca y por «los avatares de sus relaciones tormentosas con el Cid, figura revestida de una capacidad e independencia de acción que no tienen parangón en el resto de la historia medieval española» (2000, pp. 189-190).

En tal sentido, resulta cuanto menos destacable que en la biografía escrita a propósito de Alfonso VI, Martínez Díez (2003) reserve el epílogo de aquel volumen para desentrañar la confusa relación establecida entre el monarca y el héroe de Vivar.⁴ Tal decisión se justifica por la contemporaneidad de ambas figuras, entre las que media un vínculo que resulta ya indisoluble y que, como sabido es de sobra, no siempre fue bien avenido. Pero también porque, como el mismo biógrafo reconoce al final de la monografía (2003, p. 284), la historia del Campeador, fabulada y mitificada, calaría de manera más profunda y longeva en el imaginario colectivo, imponiéndose, a la postre, sobre la del propio monarca.

Sin olvidar —siguiendo a Lacarra (1980, pp. 106-107)— cómo la misma historiografía medieval hubo de contribuir al proceso de mitificación cidiana, justo es subrayar el influjo de la tradición literaria a este respecto y reconocer, muy especialmente, el alcance de un texto canónico como el del *Cantar de Mio Cid* —CMC, en lo sucesivo— en la proyección de determinada imagen del monarca.⁵ Baste recordar, en primera instancia, aquel célebre verso número veinte

⁴ Valga recordar que el mismo González Martínez Díez ya se había ocupado de la biografía de Rodrigo Díaz de Vivar en un estudio anterior, titulado *El Cid histórico. Un estudio exhaustivo sobre el verdadero Rodrigo Díaz de Vivar* (1999). Véase la referencia completa en el listado final.

⁵ La capitalidad del CMC en el proceso de mitificación cidiana deviene evidente ante el examen del poema medieval realizado por Alberto Montaner, para afirmar la naturaleza mítica del relato allí contenido; pues, más allá de reflejar los valores de la sociedad en la que surge, aquella fábula adquiere, según el mismo experto, el valor extemporal propio de los esquemas míticos, revelando su función «ético-instituidora» al explicar una situación de cambio llamada a repetirse en la dinámica social y proponer un modelo de conducta (Montaner, 1987, pp. 166-168). En esta misma línea, acerca de la caracterización mítica del Cid, véase también el estudio realizado por Michael Harney (1992) a propósito del CMC. Y adviértase, en fin, a la luz de lo apuntado por Carlos Heusch (2017), que la del CMC no sería la única —ni la última— de las formulaciones posibles del mito cidiano

del poema épico: «¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!» (v. 20), cuya polisemia hubo de ocupar profusamente a la crítica y que, al decir de Montaner —tras revisar todas las posibilidades interpretativas propuestas—, de igual forma permite intuir una acusación velada al rey por rehusar el favor de vasallo tan ejemplar, «como identificarlo en el futuro con ese buen señor que el Cid recobrará desde el exilio» (Montaner, 2007, p. 317).

No obstante, más allá del consabido verso, Irene Zaderenko advertía similar complejidad en la evolución del personaje regio a lo largo de aquella composición, puesto que su imagen, negativa y asociada a la ira en el primer cantar, se va transformando en los cantares segundo y tercero, donde su presencia se enfatiza y los epítetos a él dirigidos adquieren mayor tono encomiástico (2010, pp. 356-358). También reparaba Zaderenko en otras particularidades del CMC no menos llamativas en lo que a la caracterización del monarca se refiere, admitiendo, en fin, la relativa pasividad del personaje regio frente al desarrollo de la acción del poema y a otros actantes de la composición:

Como personaje [el rey Alfonso] carece de autonomía y parece existir en función de otros personajes: los «mestureros» de la corte a quienes se hace responsables del destierro de Rodrigo; los infantes de Carrión, quienes toman la iniciativa de pedir la mano de las hijas del Cid desencadenando la tragedia familiar; y Rodrigo, quien solicita reiteradamente el favor del rey hasta lograr la reconciliación y pide justicia a Alfonso tras la afrenta de Corpes. El rey parece tener una función puramente instrumental, en la medida en que hace posible que los deseos de otros personajes se realicen. Carece de iniciativa propia y se pliega a voluntad, a veces para bien, a veces para mal. (Zaderenko, 2010, p. 359)

No debería pasar desapercibido, sin embargo y a la luz de Montaner, que, a pesar de ese sustrato histórico del poema que identifica al monarca con la figura de Alfonso VI, el personaje regio adquiere allí estatus de «mitologema humano», representativo de la Justicia y caracterizado como «ser superior», «dotado del mando y de la comprensión» (Montaner, 1987, pp. 260-261); esquema en función del cual se puede entender la evolución del personaje y aun la mencionada distancia entre este y la acción del poema.

Añádase, en cualquier caso y a tenor de la misma Zaderenko (2010, p. 353, notas 11 y 12), que tampoco es completamente favorable al rey la imagen reflejada por otros textos de la tradición cidiana —tenidos por más fiables a la hora de

—valga recordar las *Mocedades* del héroe y también la proyección de su figura en el romancero—, que todavía hoy sigue reconfigurándose.

reconstruir la trayectoria histórica de esta figura (véase Fletcher, 1989; Martínez Díez, 1999; Porrinas, 2019)—, tales como el *Carmen Campidoctoris* o la *Historia Roderici* o biografía latina del Campeador. En esta última, por ejemplo, igualmente se vislumbra la ira del monarca: «El rey, airado y encolerizado [...] le arrojó de su reino» (HR, párr. 11); «El rey [...] movido y abrasado por una gran ira» (HR, párr. 34) (trad. Falque Rey, 1983, pp. 345 y 352, respectivamente).

Mercedes Vaquero, que se acercaba al caso de las crónicas —en tanto que refundidoras de hipotéticos cantares dedicados, total o parcialmente, a la figura de Alfonso VI—, identificaba también en ellas notable disparidad de visiones acerca del monarca. Descubría, por ejemplo, cómo la misma actitud ambigua del autor del CMC hacia el rey reverbera a su vez en las crónicas alfonsíes de los siglos XIII y XIV, donde, junto a la imagen de un rey injusto y obstinado, también aparecen fragmentos favorables al retrato del monarca (1990, p. 267). Más aun, defendía esta autora una posible tradición épica dedicada a la figura de Alfonso VI, desaparecida, muy probablemente, a razón de la fuerte competencia ejercida por los dos ciclos cidianos —la del héroe ejemplar y la del vasallo rebelde—,⁶ donde la figura del rey acaba un tanto comprometida (Vaquero, 1990, p. 274).

Todo ello interesa aquí por cuanto da muestra —o explicación— de aquella superposición del Cid sobre la figura de Alfonso VI de la que hablaba Martínez Díez y a la que, eventualmente y como señalan algunos críticos, hubo de contribuir también Menéndez Pidal en su magna obra cidiana (Lacarra, 1980, pp. 106-107; Fletcher, 1989, p. 124; Zaderenko, 1990, pp. 352-353; Gamba, 2000, pp. 190-191). No obstante, escribía Estepa Díez:

El propio don Ramón, a pesar de su no disimulada antipatía contra Alfonso VI le reconoce importantes méritos y gran capacidad personal, y lo que es aún más revelador, que su política tuvo unas consecuencias mucho mayores para la historia de España [...] que la llevada cabo por el heroico Cid. (1985, p. 17).

Y ninguna duda cabe sobre la transcendencia del reinado de Alfonso VI (1065-1109), al que se circunscriben hitos de considerable significación ya no solo desde un punto de vista político o militar, sino también desde una perspectiva cultural. He ahí la conquista de la ciudad de Toledo en el año 1085 —o el avance de las fronteras cristianas hacia el sur de la península, en general. O, igualmente, la reforma litúrgica de sustitución del rito hispánico por el rito romano, que, junto a otros factores, contribuiría decisivamente a la apertura e incorporación

⁶ Véase la nota a pie precedente y especialmente Heusch (2017, pp. 155-162).

del reino de León y de Castilla a la cristiandad europea (Martínez Díez, 2003, p. 13; Gamba, 2000, p. 189).

Cosa distinta es la personalidad del rey, que, según Fletcher (1989, p. 124) por ejemplo, plantea mayores incógnitas; ya no solo por la injerencia de la literatura, como se ha visto, sino porque, más allá de lo que pueda colegirse a partir de sus actos públicos —explica el mismo experto— poco dejan apreciar las fuentes acerca del carácter del monarca.

3. ALFONSO VI HOY, ENTRE LA HISTORIA Y LA LITERATURA

Los hitos del reinado de Alfonso VI adquieren un peso notable en el esquema argumental de las novelas escritas por Hernández y Pedreira a propósito del monarca, ya que, en líneas generales, ambas propuestas se muestran fieles a la realidad documentada al respecto de este rey. No obstante, y habida cuenta de todas las licencias que, a diferencia de la exposición histórica, concede la creación literaria, sí se aventuran los autores actuales en la recreación de la personalidad del rey en sus novelas, devolviendo un retrato regio que, lejos de la obstinación o la debilidad, resulta más cercano al que se vislumbra desde la historiografía: cauto, prudente (Martínez Díez, 2003, p. 285), sagaz, dedicado a una acción de gobierno continuada (Gamba, 2000, p.189), a la par que complejo y reflexivo.

3.1. *Alfonso VI, según Alfonso VI*

Entre el maremágnum de títulos de tema medieval publicados en España entre 1990 y 2012, identificaba Huertas Morales un grupo de textos caracterizado por heredar el molde de la novela histórica tradicional y perpetuar, entre sus páginas, las claves del género durante su desarrollo en época romántica; a saber: abundantes fragmentos descriptivos y de asunto costumbrista; héroes anónimos, convertidos —tal y como había apuntado Lukács (1966)— en suerte de índice de todas las eventualidades y tensiones del contexto histórico que la novela pretende retratar; y, en fin, el predominio de tramas y personajes ficticios sobre los verdaderamente históricos, que aparecían entonces en un lugar secundario, como en un telón de fondo sancionador de la fiabilidad histórica de lo narrado (2015, pp. 94-98).

Claro es, a la vista tal caracterización y de la decisión de haber situado en el centro de sus propuestas a una figura real, históricamente documentada —de la

que se pretende, por lo demás, un primer plano—, que tanto *El señor de las dos religiones* (2005), de Juan José Hernández, como *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey* (2008), de José Pedro Pedreira, se apartan, en algo, de esa formulación tradicional del género.⁷ No en vano, la centralidad de personajes reales del pasado es una de las divergencias respecto de la forma decimonónica que la crítica ha señalado para la renovación del género en la segunda mitad del siglo xx (Fernández Prieto, 2004, p. 255; pp. 153-165; Julià, 2006, p. 59). No obstante —hay que subrayarlo—, «por no haber una forma homogénea para la novela histórica en la actualidad, las posibilidades son numerosas» (Julià, 2006, p. 59) y no todas las propuestas se ciñen de manera sistemática al conjunto de pautas que se han venido enumerando para esa «novela histórica posmoderna».

Tal es el caso de las novelas que me ocupan; porque, si bien escapan a estándares tan representativos de la poética posmoderna como la alteración o distorsión del material histórico, sí responden, por ejemplo, a una «personalización» o «privatización» de los relatos, que concommita, a su vez, con la «individuação» de la historia experimentada también en el seno de la historiografía. De ahí que, mientras en el ámbito de las letras se extendieron los diarios, las memorias y otros modelos creativos afines, los historiadores se replanteaban el regreso de la investigación biográfica (*passim* Julià, 2006, pp. 132-133; Fernández Prieto, 1998, p. 145; Pozuelo Yvancos, 2005, p. 21; Morales Moya, 1992, pp. 26-28; Suárez Fernández, 2002; Corral, 2002).⁸

No es casual que ya Ivanov Mollov, en un trabajo de 2017 en el que atendía a *El señor de las dos religiones* —para examinarla, sobre todo, en su relación con el mito cidiano—, describiera la novela de Juan José Hernández como «biografía novelada del rey Alfonso en que predomina la forma autobiográfica», haciendo

⁷ Cabe, no obstante, tener en cuenta las consideraciones de Robin Lefere a este respecto y, asumir que hablar de «novela histórica tradicional» remite, de manera paradigmática, al referente occidental establecido en el siglo xix por las novelas de Walter Scott y que, a pesar de la existencia de esquemas alternativos y aun precursores del escotiano, tal referencialidad no se habría de poner en cuestión hasta que en la literatura occidental se volvió a dar un interés por lo histórico semejante al romántico. Apareció así ese modelo de «novela histórica posmoderna» «y empezaron a coexistir dos conceptos de la [Novela Histórica], si bien se enfocaban como dos modalidades de un mismo género, cuya concepción básica seguía y, en buena medida, sigue descansando en el modelo escotiano» (Lefere, 2013, pp. 18-19).

⁸ Especialistas como Luis Suárez Fernández (2002, pp. 11-17) o José Luis Corral (2002, pp. 19-37), explican cómo, desde la última década del siglo xx, la investigación biográfica iría recuperando el terreno que —aún sin llegar a desaparecer— había perdido desde mediados del siglo xix, cuando, bajo la enorme influencia ejercida por el pensamiento marxista —y el llamado «materialismo histórico»—, el individuo se disputó su papel protagonista en la historia frente a la sociedad en su conjunto.

hincapié, por lo demás, en el notable componente «íntimo» o «psicológico» de la obra:

Llama la atención la excelente preparación historiográfica del novelista, combinada con un penetrante «autoanálisis» de las ambiciones, las aspiraciones, los afanes, las dudas, los temores y las pasiones del rey. Precisamente en el elemento psicológico, en las reflexiones del personaje sobre la vida en general, sobre su época, sobre las personas de su entorno y sus relaciones con ellas, así como sobre sus propios motivos para tomar una u otra decisión reside el mayor logro del autor. (2017, p. 159, también para la cita anterior).

Tal como fue notado en otro lugar (Crespo-Vila, 2021, p. 87), es justamente por ese marcado carácter reflexivo —intimista si se quiere— de la novela de Hernández por el que creo acertado circunscribirla a un tipo de textos que, en aquel trabajo sobre la ficción histórica de tema medieval, Huertas Morales llamó «novelas de personaje». Tanto es así que *El señor de las dos religiones* servía al mismo investigador para dar ejemplo de tal tipología de textos, en los que, aun respetándose la veracidad y el rigor histórico de lo narrado, adquiere mayor relevancia aquello que escapó a las crónicas. Esto es: el testimonio íntimo y personal, ante el acontecimiento histórico en sí, de la figura recreada, que suele tomar la iniciativa del relato para dejar constancia del impacto de las circunstancias sobre su propia vida (Huertas Morales, 2015, pp. 90-92).⁹ Dicho con ayuda de Pérez Priego (2005, p. 585), que también hubo de identificar esa veta «personalista» en la narrativa de tema medieval: novelas que pretenden reivindicar, o simplemente recordar, a una determinada figura histórica para reimaginarla ahora en toda su hondura y complejidad humanas.

Desde este planteamiento, léase, por ejemplo, el siguiente fragmento de las páginas liminares de la novela de Hernández, donde en efecto se revela esa inflexión íntima, así como la «complejidad» que se intenta captar en lo concerniente a su protagonista:

⁹ Además de la «novela histórica tradicional» y la «novela de personaje», Huertas Morales identificaba en aquel estudio otras seis tipologías más para la clasificación de novelas dedicadas al Medioevo. Proponía así una taxonomía de tipo gradual y establecida con arreglo al nivel de integración entre historia y ficción en cada novela. Ordenadas de mayor a menor historicidad, el investigador distinguía las siguientes categorías: 1) la historia novelada, 2) la novela de personaje, 3) la novela histórica coral, 4) la novela histórica tradicional, 5) la novela de reconstrucción histórica (medieval), 6) la novela histórica fantástica, 7) la novela mítico-literaria, y 8) la novela de indagación histórica (2015, pp. 81-118).

Mi vida ha estado llena de emociones encontradas, de fruición y de sufrimiento, de victorias y derrotas, de decisiones voluntarias y medio forzadas por las circunstancias o por la incomprensión. He conocido la felicidad y la amargura, el dolor y el gozo, la embriaguez y la servidumbre y la servidumbre del poder. (Hernández, 2005, p. 8)

Y, en el mismo sentido, nótese también el pasaje que sigue, recuperado en este caso de la novela de José Pedreira, por cuanto *Alfonso VI. Vida pública y privada del Rey* encaja igualmente bajo la etiqueta de «novela de personaje»:

Hoy, desde la lejanía y esta lastimosa condición que ya no me permitirán trocar de parecer, aún sostengo que las victorias en torno a un asado y un exquisito vino te dan mayores y más útiles satisfacciones que aquellas que se consiguen en el campo de batalla. (Pedreira, 2008, p. 72)

Los extractos señalados advierten, a su vez, de una fórmula enunciativa común para ambas propuestas. Pues tanto en el texto de Hernández como en el de Pedreira es la voz de Alfonso VI la encargada de rememorar y reconstruir, en primera persona y desde las postrimerías de su vida, su propia trayectoria biográfica: «Ahora quiero narrarlo porque necesito recordarlo [...]. Mi vida pasada es para mí mucho más importante que la exigua y triste existencia que me resta» (2005, p. 8), declara el monarca en la novela de Hernández: «Yo Alfonso [...], encaro los últimos días de mi existencia con el temple del hombre que ha tenido el grave deber de decidir la suerte de otros hombres pero con la añoranza del guerrero que debe abandonar el campo de batalla» (2008, p. 9), confiesa el rey en el arranque del texto de Pedreira.

La enunciación autobiográfica se entrevera, por tanto, con el patrón propio de las memorias; género narrativo colindante al de la novela histórica, según Spang (1998, p. 52), y cultivado tanto por historiadores como por creadores. Y si la fórmula autobiográfica consiente, por un lado, ese tono altamente subjetivo, espontáneo y «confidencial» —sigo de nuevo a Spang (1998, p. 53)— que se percibe en ambas novelas:

Me embarga un extraño y agrio sentimiento por muchas de las cosas que pude haber hecho y no hice porque no supe, porque no quise, porque no sabía que me hubieran gustado o porque fui incapaz de entender que era mi obligación hacerlas. (Hernández, 2005, p. 7)

Creo que obré mal [...] y me arrepiento, como me arrepiento de otros muchos errores cometidos a lo largo y ancho de mi reinado, y de mi vida, en la que he sido antes hombre que rey y, por tanto, sujeto a limitaciones [...]. (Pedreira, 2008, p. 274),

el esquema enunciativo de las memorias posibilita, por su parte, una serie de repliegues metanarrativos¹⁰ que, aun manifestándose en *Alfonso VI. Vida pública y privada del Rey*, de Pedreira —«estas memorias que hoy escribo con más nostalgia que acierto», «Al hilvanar ahora, con estos débiles hilos, la memoria de un anciano [...]», «no dudo en acudir a esos recuerdos, y a otros en los que ya es difícil discernir cuánto me miente la memoria» (2008, pp. 105, 236 y 244, respectivamente)—, son más recurrentes y notables en la novela de Hernández, cuya voz narrativa insiste en tematizar su propio relato y develar las fisuras de una reconstrucción histórica condicionada por la dubitación ante sus recuerdos (Crespo-Vila, 2021, pp. 93-94). Se manifiesta entonces esa «imposibilidad de dilucidar la naturaleza o realidad de la historia» que pretende subrayar la novela histórica actual —o posmoderna— (Julià, 2006, p. 59; también Pérez Priego, 2005, p. 595):

Continúo recordando los cada vez para mi memoria menos precisos acontecimientos y las cada vez más difusas personas. Unas y otros parecen perdidos en una lejana y espesa niebla, como pertenecientes a otro mundo más distante y menos real, distinto al mío. (Hernández, 2005, p. 228).

En esta misma dirección destaca un pequeño detalle que distingue la propuesta de Hernández de la de Pedreira. Porque, a diferencia de esta, donde la responsabilidad del relato recae de manera total y exclusiva en la voz narrativa de Alfonso VI, en la novela de Hernández, el monarca, aun siendo el narrador principal y mayoritario, traslada la palabra a otros personajes del entorno regio, que, puntual y brevemente tienen oportunidad de expresarse en primera persona en capítulos alternos (Crespo-Vila, 2021, p. 94).

¹⁰ Atendiendo a las observaciones teóricas de Gil González (2001) acerca del fenómeno de la «autoconsciencia» narrativa, creo que, frente al término de «metaficción» —muy común en la crítica literaria posmoderna—, el de «metanarración» resulta más oportuno para los casos que me ocupan; puesto que, si bien la propia narración y su proceso de enunciación puede convertirse en objeto mismo del relato, no se manifiestan allí ni se vislumbran las instancias autoriales de Hernández o de Pedreira, por lo que ese ejercicio de duplicación representacional quedaría circunscrito dentro de los márgenes referenciales de la ficción. Surge, no obstante, una problemática particularidad si se repara en el hecho de que, a pesar de que la instancia autorial representada en estas dos novelas no alude a la figura de los escritores reales, sí exceden los límites de lo puramente ficcional al estar inspiradas en una figura histórica real, con entidad fáctica, que de manera inevitable establece una serie de ligaduras —también por los acontecimientos históricos relatados— entre el espacio ficcional creado en el interior de la novela y un contexto referencial extratextual, pragmático y, en este caso, historiográfico.

He ahí el capítulo narrado por Sancho II (2005, pp. 60-62); el que corresponde al personaje de García, el desafortunado rey de Galicia (2005, pp. 73-74); el puesto en voz de doña Urraca (2005, pp. 107-109); el que es relatado por Pedro Ansúrez (2005, pp. 169-170); por la mora Zayda (2005, pp. 206-209) y el que compete, en fin, al consabido vasallo, Rodrigo Díaz de Vivar (2005, pp. 190-192); voces alternativas que, desde su propia subjetividad, añaden vacilación al relato del monarca, le restan centralidad y, como apuntaba García Gual (1999, p. 46), ofrecen nuevas perspectivas sobre la versión histórica oficial.

Esa impronta «personalista» y la marcada subjetividad que imperan en el relato de Hernández y que, con frecuencia, se impone a la narración de los hechos históricos en la novela de Pedreira, quizás sirvan también para explicar otra coincidencia entre ambas propuestas, y que, más allá de cuestiones discursivas, atañe a aspectos puramente formales o paratextuales. Pues, ni *El señor de las dos religiones* ni *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey* dan cuenta de la acostumbrada práctica de la novela histórica de nuestros días —que, sin apartarse de esa intención didáctica que en buena medida le es connatural al género de la ficción histórica, ha asumido al mismo tiempo una serie de imperativos comerciales (Huertas Morales, 2015, pp. 27, 33 y 39)— de añadir o proponer un listado bibliográfico al final de los volúmenes; listado

que, por una parte, respalde la investigación historiográfica que suponemos a un producto de estas características, y que por otra parte actúe como los apartados enunciados bajo el título de «Para saber más», que son tan utilizados en las revistas de divulgación. (Ruiz Pleguezuelos, 2012, p. 278).

A excepción de una breve nota incluida al inicio del texto de Pedreira para advertir sobre la datación según la era hispánica seguida en la novela, ambos volúmenes están exentos de material complementario alguno —mapas, genealogías, índices onomásticos o cronológicos, etc.— que acompañe o invite a ampliar la lectura. Porque, al fin y al cabo, la intención que parece ocupar a ambos autores es la de avanzar un poco más allá de lo admitido por historiadores y cronistas —usando con audacia material y datos que la crítica no puede aceptar ni desmentir (García Gual, 1999, p. 47)— y expandir, en fin, con todos los permisos que otorga la literatura, el horizonte de la historiografía sobre Alfonso VI hacia el territorio de la intrahistoria.

Por ello, el rey imaginado por Hernández envidia la felicidad de dos desconocidos: «Me dijeron que eran un hombre y una mujer jóvenes que habían decidido vivir juntos. Vi que danzaban, no al son de la música, de la que carecían [...]».

Eran felices, más felices que muchos poderosos [...]. Envidié al instante de dicha que vivían» (2005, p. 87); mientras que el monarca de Pedreira —en una novela subtitulada, con mucho sentido, «vida pública y privada del rey»— repara en la tensión establecida entre el individuo que es y las obligaciones de la institución a la que representa: «Mi alma se rompía a jirones intentando comprender que los deberes del rey debían imponerse una vez más sobre los deseos del hombre» (2008, p. 250).

3.2. *Alfonso VI, a través de un hecho*

El argumento de sendos textos —ya se ha dicho— discurre sin distanciarse, en lo esencial, de la historia documentada, y los episodios que jalonan los relatos se corresponden con los hitos más significativos que los expertos han señalado en la biografía de Alfonso VI. Véase, por ejemplo, el reparto del reino de Fernando I a su muerte (1065), que coronaría a Alfonso VI como rey de León y, más tarde, lo enfrentaría con sus hermanos García de Galicia y Sancho II de Castilla. También la derrota en la batalla de Golpejera (1072) frente al monarca castellano; el consecuente exilio de Alfonso en la taifa de Toledo; la muerte de Sancho II en el cerco de Zamora (1072) y, en fin, la afirmación de Alfonso VI como rey de León, Castilla y Galicia. Por supuesto, la conquista de Toledo (1085), sin olvidar tampoco las derrotas del cristiano frente a los almorávides en encuentros como el de Sagrajas (1086), Consuegra (1097) y Uclés (1018).

Todo ello es referido, con mayor o menor profusión, en las novelas examinadas, así como otro tipo de circunstancias que igualmente atañen al reinado de Alfonso VI: su política de presión fiscal sobre los reinos de taifas, la relación con la abadía de Cluny y con el papado, sus matrimonios e idilios sentimentales y, por supuesto, sus encuentros y desencuentros con Rodrigo Díaz de Vivar (*passim* Estepa Díez, 1985; Martínez Díez, 2003, p. 13; Gamba, 2000, p. 189). Pero, en tanto que excede a las posibilidades de este trabajo revisar la recreación literaria realizada por Hernández y Pedreira de todos y cada uno de los motivos biográficos arriba enumerados, valga detenerse en la conquista de Toledo; ya no solo por la relevancia histórica del acontecimiento, sino por las implicaciones del episodio sobre el relato del monarca en las novelas y la imagen que el personaje devuelve acerca de sí mismo.

De partida, ha de notarse que es desde la ciudad del Tajo desde la que los dos protagonistas recomponen sus memorias, en las que no falta una valoración personal acerca de la trascendencia de la conquista. En la novela de Hernández,

por ejemplo: «En mi fuero interno surge rutilante Toledo, donde ahora me encuentro, la gran capital, la que más ha influido en mi vida y a la que considero mi ciudad [...]. Toledo ha sido mi mayor aportación a la cristiandad, y el día que entré por la puerta de Bisagra fue el más gozoso de mi vida» (2005, pp. 9-10). Y también en el texto de Pedreira —«la muy noble ciudad de Toledo, en la que, postrado, el Señor me concede la gracia de apurar el último soplo de una larga vida» (2008, p. 149)—, donde, además, la toma toledana funge como motivo central en la estructura interna de la novela, hacia el que parece encaminarse todo el relato:

Nunca me sentí más poderoso [...]. Aquello era el triunfo de un hombre, pero también el de unas tropas leales, el de un reino, el de un afán intensamente soñado y *el de todo el cristianismo*. Desde esta serena armonía en que, sin apenas fuerzas, me entrego en brazos de Dios [...], reconozco con infinita complacencia que fue pasar bajo los solemnes arcos de Puerta Bisagra y una ola de gozo inundó mi corazón. (2008, p. 261, el subrayado es mío).

La narración de la conquista de Toledo —así como la de otros episodios— por parte del monarca en la propuesta de Pedreira adquiere un tono «cruzadista» que, a tenor de los apuntes realizados por Carlos de Ayala (2011, 2013) a este respecto, poco escapa a la pátina sacralizadora de la que progresivamente se fue revistiendo la empresa reconquistadora durante el reinado de Alfonso VI; pátina heredada del reinado de Fernando I, según el mismo investigador, y concomitante con el surgimiento y primer impulso del movimiento cruzado en la misma época.¹¹ Así se vanagloria el monarca en *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey*, refiriéndose de nuevo a la toma de la ciudad: «Qué presente pudieran agradecerme más los heroicos y sufridos pueblos que conforman esta rica tierra bañada por los tres mares [...], mis seguidores rebosaban felicidad reafirmados en el convencimiento de que me acompañaba la protección divina» (Pedreira, 2008, p. 259).

La manifiesta confesión cristiana del protagonista de Pedreira no es obstáculo, sin embargo, para incluir en su propio discurso signos de evidente tolerancia,

¹¹ Explica Carlos de Ayala (2013) cómo el tono sacralizado que adoptaría la expansión de los territorios cristianos sobre los musulmanes durante el mandato de Alfonso VI se apoyaría en una serie de gestos o acciones clave, acometidos por el monarca, dirigidos a hacer patente ese discurso y documentalmente rastreables; entre ellos: la encomendación a los santos protectores, especialmente a Santiago; el blindaje de las reliquias cristianas o el fomento de la amistad con la abadía de Cluny y de la relación con el papado; aspectos que, de igual forma, se revelan entre las páginas de las novelas de Hernández y Pedreira.

que, en primera instancia, contribuyen a la caracterización de un personaje psicológicamente complejo. Sirva el extracto siguiente, alusivo también a la conquista toledana y tras el que el monarca aludirá a los acuerdos de capitulación de la ciudad en términos equivalentes a los que, aun perdido el documento original, han podido reconstruir los historiadores a partir de fuentes diversas y que, en principio, no resultaron demasiado lesivos para la población sometida (Estepa Díez, 1985, p. 33; Mínguez, 2000, p. 109; Izquierdo Benito, 1986, p. 31; Martínez Díez, 2003, pp. 85-86):¹²

Hubiera sido un desastre prescindir de las comunidades judía y musulmana [...] Por otro lado no encontraba yo motivos para que hombres con las mismas inquietudes y anhelos parecidos a los nuestros, a los que estoy seguro de que no emociona [...] la muerte de una madre menos que a cualquier cristiano [...], no pudieran convivir en la misma ciudad y bajo el mismo trono solamente porque, aun siendo fieles cumplidores de los mandatos de su fe, cometieran el error de rezar a un dios equivocado. (Pedreira, 2008, pp. 267-268)

Interesan también las reflexiones vertidas por el personaje de don Alfonso al paso de la toma de Toledo en la novela de Hernández, cuyo título —«el señor de las dos religiones»— invita a sospechar, de antemano, ese temple tolerante que se acusa en el caso de este personaje:

Mi compromiso con los cluniacenses era muy fuerte [...], pero su intransigencia religiosa era para mí tan incomprensible como la crueldad de los francos en la guerra [...]. Teníamos algo de moros y los moros algo de nosotros, y entre ambos, de alguna forma, nos sentíamos mucho más cercanos que con estas gentes venidas del norte. (Hernández, 2005, pp. 133-132)

En realidad, deviene necesaria la prudencia a la hora de interpretar esa imagen del monarca en términos históricos, así como el ideal de convivencia interreligiosa que se desprende de su relato. Mucho más si se atiende a lo apuntado por Estévez (2012), que examinó con detalle los fueros concedidos a la población mozárabe

¹² Entre las medidas acordadas, señalan los expertos la posibilidad de que la población musulmana permaneciese en la ciudad, conservando sus bienes, al tiempo que debían seguir pagando los tributos que acostumbraban bajo gobierno musulmán. Aquellos que, por el contrario, decidieran abandonar la ciudad, tendrían opción de regresar después y recuperar sus casas. Igualmente, acordaban la conservación de la mezquita mayor de la ciudad y la restitución de al-Qadir, gobernador de la taifa toledana, en Valencia (Estepa Díez, 1985, p. 33; Mínguez, 2000, p. 109; Izquierdo Benito, 1986, p. 31; Martínez Díez, 2003, pp. 85-86).

de Toledo —numerosa en la ciudad, según la misma autora, y, aunque nativa, no ajustada al estándar católico europeo—, con el objeto de desentrañar el alcance y los límites de esa supuesta convivencia interreligiosa tras la conquista cristiana.

Notaba Estévez que, al margen de las «características “amistosos” que testimoniaban los pactos firmados entre musulmanes y cristianos» y que sirvieron como argumento a la hipótesis —un tanto romántica y originada, en gran medida, en la obra de Américo Castro— de una convivencia pacífica entre religiones, «deberíamos recordar que la coexistencia de las distintas comunidades descansaba sobre conjuntos legales que establecían una clara segregación entre unos y otros, así como también límites a la libertad de cada uno». Sin olvidar tampoco aquellos testimonios que evidencian ataques mutuos y recíprocos en las zonas de frontera y que, de igual modo, vienen a contrariar ese supuesto ideal de «convivencia» (Estévez, 2011, pp. 426-427).

Apurando un poco más, también se deberían retomar los apuntes de Pérez de Tudela Velasco a raíz de ese eslogan —arraigado ya y turísticamente lucrativo— que convierte a Toledo en «la ciudad de las tres culturas». Porque, si bien aquellas observaciones se basan en un corpus corográfico que excede los márgenes documentales del Medievo, igualmente advierten de que «la producción historiográfica referida a Toledo hasta mediados del siglo XIX fue radicalmente contraria a estimar como positiva la presencia y las aportaciones de musulmanes y judíos en la trayectoria vital de la ciudad» (Pérez de Tudela Velasco, 2020, p. 273).

Cabe preguntarse, entonces, si el talante transigente del monarca en las novelas de Hernández y de Pedreira —en la que, además, contrasta con cierto ímpetu cruzado— sirve para dar ejemplo de ese tipo de anacronismo cultural o psicológico que, identificado por Fernández Prieto, «afecta a la representación de los personajes [...] a sus conductas, actitudes, y reflexiones, a la repercusión en su vida privada e íntima de los acontecimientos públicos, a su manera de interpretarlos» (2004, p. 252; también Ruiz Pleguezuelos, 2012, p. 274). Y que, junto a la actualización de los modales lingüísticos de narradores y personajes, evidencia la tensión que se plantea en el seno de la ficción histórica entre el pasado que se pretende recrear y el presente que condiciona la redacción y la recepción de los textos (Fernández Prieto, 2004, p. 249).

Considerando, de la mano de la misma Fernández Prieto, que cada época «elige» su pasado preferido y lo representa de acuerdo con sus intereses y con sus modelos psicológico-culturales» (1998, p. 37), no puedo coincidir plenamente con las razones esgrimidas por Ivanov Mollov, al menos en lo que a esa tolerancia de don Alfonso se refiere, cuando, a propósito de la propuesta de Hernández, aquel investigador observa:

La interpretación de los hechos, del papel de los personajes históricos en ellos y de las razones que motivaron sus decisiones y sus actos que ofrece el novelista es convincente, ya que se fundamenta en la lógica y en las particularidades de la mentalidad y el carácter de los personajes en la medida en que las fuentes nos permiten conocerlos (2017, p. 163)

Pues, a mi entender, antes cabría poner en relación la condescendencia religiosa de don Alfonso con el horizonte de expectativas del lector actual al que ambos escritores se dirigen en sus novelas; y, por la misma razón, interpretar tal rasgo en el personaje del monarca en función de la sensibilidad contemporánea y de un ideal multicultural que, habiendo hallado en ese tópico de la convivencia religiosa del Medievo peninsular un extraordinario significante, se proyecta, además, con mucho éxito en la novela de tema medieval contemporánea (Huertas Morales, 2015, p. 28).

3.3. *Alfonso VI y los héroes*

Además de ese diálogo que —como en toda producción de sentido— se establece entre la novela histórica, su contexto de aparición y la sensibilidad y los intereses de sus destinatarios, compete al género de la ficción histórica un tipo de interpe-lación a sus receptores que se podría calificar como «enciclopédico»; por cuanto «negocia» o «especula» con los conocimientos historiográficos de sus potenciales lectores, «con lo que estos (se supone que) saben sobre el tema y lo que (se supone que) ignoran y desearían saber» (Fernández Prieto, 1996, p. 195).

Atendiendo a ese tipo de diálogo, así como a lo expuesto en párrafos precedentes, resulta oportuno dedicar un espacio a examinar cómo se recrea la relación de Alfonso VI y Rodrigo Díaz en las novelas de Hernández y de Pedreira; ya que, quizás, no sea tan descabellado presuponer que la familiarización previa de sus potenciales lectores con la figura del monarca dependa de —y, en buena medida, esté condicionada por— la popularidad del mito cidiano —o la superposición de la tradición literaria sobre la historiografía, si se prefiere.

De partida y retomando lo apuntado ya por Ivanov Mollov (2017) al respecto de *El señor de las dos religiones*, hay que resaltar que, fieles a la impronta rigorista de sus novelas, ambos escritores se apartan de la fábula más legendaria del Cid para reconstruir en sus propuestas los hechos documentados que atañen a Rodrigo Díaz, el hombre de la historia. De ahí, por ejemplo, que frente al único destierro que, magistralmente, condensa la caída del héroe en el CMC, ambos

autores aludan a los dos que realmente impuso el monarca sobre el caballero. O que, a la hora de reconstruir las complejas circunstancias que pudieron motivar tal decisión por parte de Alfonso VI, los novelistas aduzcan pormenores análogos a los propuestos por la historiografía (Fletcher, 1989; Martínez Díez, 2003, entre otros), y que, más allá de la leyenda, sugieren también los desaciertos del propio caballero en alguna de sus actuaciones.

Tales pormenores se recrean ahora desde la mirada del monarca, cuya tradicional ira, aunque no desaparece, sí queda debidamente justificada. Así, el personaje regio de Hernández, por ejemplo, valora aquel desafortunado enfrentamiento acaecido en Cabra (1079) entre los hombres de Rodrigo Díaz y los de García Ordóñez —del que saldría apresado este último y desde el que, quizás, comenzó a fraguarse la supuesta malquerencia por el de Vivar en el intrigante seno de la corte (Fletcher, 1989, p. 136)—,¹³ al tiempo que da sus impresiones acerca del Campeador:

Ello suponía una humillación innecesaria y por añadidura infringía a un hombre de superior rango social al suyo. Me sentí molesto y enfurecido. Rodrigo Díaz era un caballero que por su valor y su destreza en el combate no merecía más que elogios, pero su falta de tacto lo convertía en un peligro político cuando su misión no era la sólo la de hacer la guerra [...]. *Desde el principio quise ser su amigo y recibí de él lealtad y obediencia, pero no amistad.* Esta fue la primera contrariedad que me proporcionó. Después hubo muchas, más de las necesarias y de las lógicas, aunque también recibí del mismo satisfacciones y servicios valiosos. (Hernández, 2005, pp. 98-99, las cursivas son mías)

Tal y como acostumbra en su relato, el narrador de Hernández se aleja de juicios categóricos y, aun reconocidas las desavenencias, no deja de estimar este rey el valor de tan notable caballero, ni de subrayar la observancia vasallática del Campeador.

¹³ Con arreglo a lo recogido por la HR, apunta Fletcher que ambas embajadas, la del Cid y la de García Ordóñez, habían sido enviadas por Alfonso VI a Sevilla y a Granada, respectivamente, para cobrar los tributos correspondientes a cada taifa. En tales circunstancias, Abd Allah de Granada habría aprovechado al contingente castellano para lanzar una ofensiva hacia la taifa de Sevilla, en defensa de la cual salió la comitiva comandada por el Campeador. La trascendencia de aquel enfrentamiento, explica Fletcher, no se cifraría tanto en su importancia militar, sino en la humillación de un prohombre de la corte como el conde de Nájera; sin olvidar que pudo incurrir el Cid en una invasión, habida cuenta de que quizás por aquel entonces Cabra fuera posesión granadina (Fletcher, 1989, pp. 135-136).

No en vano —y en estrategia narrativa que, en mucho, revela esa intención posmoderna de recalcar el pluralismo de la historia y, con ello, la contingencia de su conocimiento (Morales Moya, 1992, p. 36; Ivanov Mollov, 2017, p. 163; Crespo-Vila, 2021, p. 94)—, también el Cid tiene oportunidad de pronunciarse en *El señor de las dos religiones*, para evaluar su relación con el monarca —con el que, en realidad, coincide— y contribuir con su franqueza a una imagen más realista de sí mismo y a esa pulsión desmitificadora que, en lo relativo al héroe, ya Ivanov Mollov (2017, p. 163) percibió en esta novela: «Primero profesé lealtad a Sancho, mi señor natural, el que fue mi rey y mi amigo; después con Alfonso, por el que no sentí cariño, presté lealtad a las instituciones y a la palabra empeñada» (2005, p. 190; nótese el énfasis en la cita anterior).

El protagonista de *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey*, por su parte, admite también la valía y el compromiso del caballero de Vivar —«Jamás dudé de la bravura de Rodrigo [...], como tampoco ignoro que su corazón estaba siempre del lado de su rey. Era un buen vasallo» (2008, p. 205)— y confiesa, incluso, su pesadumbre al hacerse efectivo el primer destierro —«he de confesar que fue verlo partir [...] y un nudo de tristeza encogió mi corazón» (Pedreira, 2008, p. 204). Aunque sus palabras son mucho más contundentes a la hora de enjuiciar al héroe tras la cabalgada que, en respuesta a una incursión sarracena previa sobre Gormaz, habría dirigido el Cid por tierras de Toledo, amenazando con ello «el frágil equilibrio del protectorado del rey cristiano» sobre aquella taifa (Fletcher, 1989, p. 138) y costándole, al fin, la pena de expulsión impuesta por Alfonso VI:

En presencia de su poderosa hueste, lo tildé [al Cid] de idiota y otras carencias que, a pesar de la ira, estaban bien justificadas. Aunque no fue aquella la única ocasión en que sentí deseos de hacerlo [...]. Aquel bruto que tan buenos servicios podía prestar en las batallas era un necio a la hora de saber cuándo conviene o no una acción [...]. (Pedreira, 2008, pp. 204-205)

Si ya la HR —donde se da noticia del episodio— invita a sospechar la violencia de aquella correría cidiana por tierras sarracenas —«Así, reunido su ejército y bien armados todos sus soldados, saqueando en el reino de Toledo y arrasando la tierra de los sarracenos» (HR, párr. 10, en Falque Rey, 1983, p. 345)—, la intención desmitificadora de Pedreira se torna explícita cuando, amplificando la recreación de este lance, el monarca insinúa la absoluta crueldad con la que, según rumores, se habría empeñado el Cid en tal cabalgada: «la saña con que se empleó fue tan cruel y prescindible [...]. No tuvo piedad. Hizo correr mucha sangre inocente» (2008, p. 204).

Ahora bien: nada tan llamativo sobre el Cid en la propuesta de Pedreira como las insinuaciones vertidas por la infanta Urraca a propósito de la participación del héroe en el conocido episodio del cerco de Zamora (1072). Recuérdese que Sancho II de Castilla —al que Rodrigo Díaz rindió vasallaje hasta entonces— hubo de encontrar allí la muerte, en circunstancias todavía un tanto inciertas para la historiografía; pues, como explicaba Fletcher (1989, p. 122), al margen de la HR —excepción notable, habida cuenta de la credibilidad otorgada a este texto—, donde se recoge el evento de manera sucinta (párr. 6, trad. Falque Rey, 1983, p. 344), las demás fuentes coinciden en calificar el suceso con términos como «fraudulenter», «dolose» o «machinatione», que indicarían una situación poco noble. Así reproduce el monarca de Pedreira las insinuaciones de la señora de Zamora:

Urraca [...] llegó a insinuarme que Rodrigo después de la entrevista con ella, a pesar de su aspecto firme e incluso algo bravucón, salió sin el coraje que nadie le negamos [...]. El color de su piel, la mirada de sus ojos oscuros, el aturdimiento que se apoderaba de sus labios en la despedida, confesó Urraca, me estaban diciendo que quizá su honor no le permitiera traicionar a su rey pero que le dolería en el alma colaborar en mi derrota. Se me hace extraño, razonaba Urraca, que Vellite Adaúlfiz pudiera acabar con Sancho tan fácilmente sin contar con la colaboración de alguien que habría de ser muy poderoso y muy cercano al rey de Castilla. Y no era un mal razonamiento. Ni ella ni yo, sin embargo, quisimos ahondar en estas pesquisas. (Pedreira, 2008, p. 116)

Ante la recreación de este motivo en *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey*, parece posible extender a la novela de Pedreira aquella observación realizada por Ivanov Mollov a propósito de *El señor de las dos religiones*, por «compaginar la veracidad histórica y la inevitable interpretación personal a la que las lagunas en la historia obligan a acudir y sin la cual una obra literaria perdería su singularidad y su impacto [...]» (Ivanov Molloz, 2017, p. 163). No contraría Pedreira la tradición que señala como mano ejecutora de aquel regicidio a Bellido Dolfos —que, salido de los muros de Zamora en calidad de desertor, se habría ganado la confianza del monarca castellano para después traicionarlo—, pero sí la redirige y aprovecha sus vacíos para invitar al lector a repensar ya no solo la imagen del Campeador —sugerentemente comprometida en el pasaje anterior—; sino también la del propio Bellido Dolfos, «whose name has been linked with treachery and infamy in Spain ever since the eleventh century» (La Du, 1963, p. 693):

Infiltrarse en tropas enemigas, solo y a pecho descubierto, sin otras armas que su astucia y sus agallas, es un acto de valentía al alcance de pocos hombres [...]. Ni la desmedida ambición de Sancho ni la estúpida arrogancia de Rodrigo Díaz supieron

desvelar sus intenciones [...]. Queriendo ver al traidor que con su vileza les facilitaría una victoria que se les estaba resistiendo no supieron ver al soldado capaz de arriesgar su vida por liberar el pueblo al que pertenece [...]. Lo cierto es que la audacia de Vellido Adaúfíz salvó Zamora y propició que de nuevo todos los territorios de los reinos de León y de Castilla se unieran en torno a mí.» (Pedreira, 2008, pp. 123-124)

La actuación de Bellido Dolfos —convertida en felonía, quizás, por haberse hecho célebre el suceso en boca de juglares y narradores de origen castellano (Menéndez Pidal, 1945, pp. 61-62)— es ahora encomiada por este monarca, aflorando en ello la filiación leonesa del personaje que igualmente asoma en otros pasajes de la novela de Pedreira.

4. RECAPITULACIÓN (Y PROYECCIÓN)

Subyace a la poética de la ficción histórica una serie de ligaduras extratextuales que le son ineludibles; pues, como explicaba Fernández Prieto, no puede la novela histórica configurarse al margen «de la concepción de la historia y de las formas de escribirla, del conocimiento historiográfico que forma parte de la enciclopedia cultural de sus lectores, y de los sistemas ideológicos según los que se concibe la relación entre el pasado y el presente» (1998, p. 37).

Es precisamente este triple haz extradieгético el que, en buena medida, ayuda a entender y a desentrañar la imagen del Alfonso VI que se articula —con pequeños matices entre ellas— en las novelas de Hernández y Pedreira. Bien es cierto que se han examinado aquí tres parámetros y motivos narrativos muy concretos y de distinta naturaleza entre sí; pero basta dicha tríada para dar cuenta de un retrato regio que, sin menoscabo del dato documentado por la historiografía a propósito de este monarca, igualmente revela su comunión con el actual contexto de producción y recepción que atañe a las novelas.

Así, pues, si la fórmula enunciativa escogida para ambos textos deviene indicativa de la correlación entre *El señor de las dos religiones* y *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey* y ciertos patrones de la ficción histórica en su formulación contemporánea —tales como la «individuación» o el interés «intrahistórico»—, la recreación de la toma de Toledo o el tratamiento que recibe la figura de Rodrigo Díaz —por cuanto se desvían Hernández y Pedreira de la tradición legendaria— ilustran la concomitancia de las novelas con una determinada sensibilidad y con esa concepción actual de la historia, que invita a la revisión y a la reivindicación de figuras como la de Alfonso VI, quizás poco —¿mal?— conocidas.

Con todo, tratándose de un soberano como Alfonso VI —duradero en su reinado, inmiscuido en acontecimientos de suma transcendencia histórica e inevitablemente ingerido por la tradición literaria—, son muchos más los motivos regios que cabría examinar con pretexto de la reactualización llevada a cabo por Hernández y Pedreira. Pienso, por ejemplo y muy especialmente, en el caso de aquellas figuras históricas femeninas —Urraca, Constanza, Zaida, etc.— que, como recalca Georges Martin (2010), ayudaron al soberano a «hilar» su reinado y que, merecidamente, ocupan un lugar destacado tanto en *El señor de las dos religiones* como en *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey*.

No obstante, comprenderá el lector que los márgenes de un trabajo como este obligan a dejar —por el momento— tales motivos en el tintero y, por la misma razón, concederá que no tenga este epígrafe verdadero afán conclusivo, sino, mucho antes, la aspiración de proyectarse.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arellano, Ignacio y Mata Indurain, Carlos (coords.), 1996: *Anejo 17 de Príncipe de Viana. Ejemplar dedicado a: Congreso Internacional sobre la novela histórica: Homenaje a Navarro Villoslada*, Pamplona.
- Aurell, Jaume, 2004: «Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente», *RILCE. Revista de filología hispánica*, 20, 1, pp. 1-16.
- Ayala Martínez, Carlos de, 2011: «Fernando I y la sacralización de la Reconquista», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 17, pp. 67-115.
- , 2013: «En los orígenes del cruzadismo peninsular: el reinado de Alfonso VI (1605-1109)», *Imago Temporis. Medium Aevum*, VII, pp. 499-537.
- Corona, Ignacio, 2000: «Mercado, posmodernismo y literatura: aproximaciones a la novela histórica», *España contemporánea. Revista de literatura y cultura*, 13, 2, pp. 109-114.
- Corral Lafuente, José Luis, 2002: «Olvido y reivindicación en la historia medieval: la biografía», *Edad Media. Revista de Historia*, 5, pp. 19-37.
- Crespo-Vila, Raquel, 2021: «La materia cidiana en la narrativa española actual (2000-2019): fórmulas para una reapertura (posmoderna) de la historia», *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, 19, pp. 81-104.
- Díez de Revenga, Francisco Javier, 1993: «La Edad Media y la novela actual», *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 3, pp. 69-86.
- Estepa Díez, Carlos, 1985: *El reinado de Alfonso VI*. S.A. Hullera Vasco-Leonesa.

- Estévez, María de la Paz, 2011: «La (Re)conquista cristiana de Toledo: un estudio sobre los nuevos patrones de ordenamiento del territorio y sus habitantes», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 17, pp. 425-444.
- Falque Rey, Emma, 1983: «Traducción de la “Historia Roderici”», *Boletín de la Institución Fernán González*, 201, pp. 339-375.
- Fernández Prieto, Celia, 1996: «Poética de la novela histórica como género literario», *Signa: revista de la Asociación Española de Semiótica*, 5, pp. 185-203.
- , 1998: *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona.
- , 2004: «El anacronismo: formas y funciones», *Actas do Coloquio Internacional Literatura e História*, Vol. I, pp. 247-257.
- Fletcher, Richard, 1989: *El Cid*, Madrid.
- Gambra Gutiérrez, Andrés, 2000: «Alfonso VI y el Cid: reconsideración de un enigma histórico», en César Hernández Alonso (coord.), *El Cid, poema e historia: actas del Congreso Internacional (12-16 de julio, 1999)*, Burgos, pp. 189-204.
- Gil González, Antonio J., 2001: *Teoría y crítica de la metaficción en la novela española contemporánea. A propósito de Álvaro Cunqueiro y Gonzalo Torrente Ballester*, Salamanca.
- Gómez Redondo, Fernando, 1990: «La eclosión de lo medieval en la literatura», *Atlántida*, 3, pp. 28-42.
- García Gual, Carlos, 1999: «Apología de la novela histórica», *Claves de razón práctica*, 98, pp. 44-48.
- Harney, Michael, 1992: «Movilidad social, rebelión primitiva y la emergencia del estado en el Poema de Mio Cid», en Joan Ramón Resina (ed.), *Mythopoesis: literatura, totalidad, ideología*, Barcelona, pp. 65-101.
- Hernández, Juan José, 2005: *El señor de las dos religiones*, Madrid.
- Heusch, Carlos, 2017, «La construcción del mito cidiano», *Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 40, pp. 155-162.
- Holloway, Vance R., 1999: *El Posmodernismo y otras tendencias de la novela española (1967-1995)*, Madrid.
- Huertas Morales, Antonio, 2015: *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)*, Vigo.
- Ivanov Mollov, Peter, 2017: «Mito e historia del Cid en la novela *El señor de las dos religiones* de Juan José Hernández», *Epos: Revista de filología*, XXXIII, pp. 157-164.
- Izquierdo Benito, Ricardo, 1986: *Alfonso VI y la toma de Toledo*, Toledo.
- Jenkins, Keith, 2009: *Repensar la Historia*, España-México-Argentina.

- Julià, Mercedes, 2006: *Las ruinas del pasado: Aproximaciones a la novela histórica posmoderna*, Madrid.
- Jurado Morales, José (ed.), 2006: *Reflexiones sobre la novela histórica*, Cádiz.
- Kohut, Karl (ed.), 1997: *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*, Frankfurt-Madrid.
- Lacarra, M. Eugenia, 1980: *El Poema de Mio Cid. Realidad histórica e ideología*, Madrid.
- La Du, Robert R., 1963: «The dramatic tradition of Bellido Dolfos», *Hispania*, 46, 4, pp. 693-699.
- Lefere, Robin, 2013: *La novela histórica: (re)definición, caracterización, tipología*, Madrid.
- López, Frank, 2011: «El giro lingüístico de la filosofía y la historiografía contemporánea», *Revista Mañongo*, 37, pp. 189-213.
- Lozano Mijares, M. del Pilar (2007) 2014: *La novela española posmoderna*, Madrid.
- Lukács, György, 1966: *La novela histórica*, México DF.
- Martin, Georges, 2010: «Hilando un reinado. Alfonso VI y las mujeres», *e-Spania. Revue interdisciplinaire d'études hispaniques médiévales et modernes* [en línea] 10, <http://journals.openedition.org/e-spania/20134>
- Martínez Díez, Gonzalo, 1999: *El Cid histórico. Un estudio exhaustivo sobre el verdadero Rodrigo Díaz de Vivar*, Barcelona.
- , 2003: *Alfonso VI. Señor del Cid, conquistador de Toledo*, Madrid, Temas de Hoy.
- Martos Santos, Josep Lluís y García Sempere, Marinela, 2009: *L'edat mitjà en el cinema i en la novel·la històrica*, Alicante, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana.
- Menéndez Pidal, Ramón, 1945: *La epopeya castellana a través de la literatura española*, Buenos Aires.
- Mínguez, José María, 2000: *Alfonso VI*, Hondarríbia.
- Montaner Frutos, Alberto, 1987: «El Cid: mito y símbolo», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXVII, pp. 121-340.
- , 2007: Edición, prólogo y notas al *Cantar de mio Cid*, Barcelona.
- Morales Moya, Antonio, 1992: «Historia y posmodernidad», *Ayer*, 6, pp. 15-38.
- Navajas, Gonzalo 2016: *Teoría y práctica de la novela española posmoderna. La posmodernidad desde el siglo XXI*, Barcelona.
- Pedreira, José Pedro, 2008: *Alfonso VI. Vida pública y privada del rey*, León.
- Pérez Priego, Miguel Ángel, 2005: «Notas sobre novela contemporánea de tema medieval», en Salvador Montesa Peydró (ed.), *A zaga de tu huella: homenaje al profesor Cristóbal Cuevas*, Vol. 2, Málaga, pp. 583-596.

- Pérez Tudela de Velasco, María Isabel, 2020: «El Toledo de las tres culturas. ¿Inventación, reinterpretación, falsedad?», en Maribel Fierro y Alejandro García Sanjuan (eds.), *Hispania, al-Andalus y España*, Barcelona, pp. 263-274.
- Porrinas González, David, 2019: *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*, Madrid.
- Pozuelo Yvancos, José M., 2005: «Narrativa y Posmodernidad», *Cuadernos de Mangana*, 30.
- Ruiz Pleguezuelos, Rafael, 2012: «La historia vende: el *best seller* español de las últimas décadas y la novela histórica», *1616: Anuario de Literatura Comparada*, 2, pp. 269-279.
- Romera Castillo, José; Gutiérrez Carbajo, Francisco y García-Page, Mario (eds.), 1996: *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid.
- , 2000: «Calas sobre la novela histórica actual en España», *Ínsula*, 641, pp. 11-12.
- Ruiz-Domènec, José Enrique, 2009: «El poder de la ficción: novela histórica y edad media», en *La historia medieval hoy: percepción académica y percepción social*. (recoge las Actas de la *Semana de Estudios Medievales* celebrada 21-25 de Julio de 2008 en Estella, Navarra), Navarra, pp. 247-261.
- Salvador Miguel, Nicasio 2001: «La novela histórica desde la perspectiva del año 2000», *Dicenda: Cuadernos de filología hispánica*, 19, pp. 303-314.
- Sanz Villanueva, Santos, 2006: «Novela histórica española (1975-2000): catálogo comentado», en José Jurado Morales (ed.), *Reflexiones sobre la novela histórica*, Cádiz, pp. 219-262.
- Spang, Kurt; Arellano, Ignacio y Mata, Carlos (eds.), 1998: *La novela histórica: teoría y comentarios*, Pamplona.
- , 1998: «Apuntes para una definición de la novela histórica», en Kurt Spang, Ignacio Arellano, Carlos Mata (eds.), *La novela histórica: teoría y comentarios*, Pamplona, pp. 51-87.
- Spitzmesser, Ana M., 1999: *Narrativa posmoderna española. Crónica de un desencanto*. Nueva York.
- Suárez Fernández, Luis, 2002: «El retorno de las biografías», *Edad Media. Revista de Historia*, 5, pp. 11-17.
- Vaquero, Mercedes, 1990: «El rey don Alfonso, al que dixieron el Bravo e el de las partiçiones», *Boletín de la Real Academia Española*, LXX, pp. 256-288
- Vidal Jiménez, Rafael, 1999: «La historia y la postmodernidad», *Espacio, tiempo y forma, Serie V, Hª Contemporánea*, 12, pp. 11-44.
- Yerro Villanueva, Tomás, 2001: «Novela histórica española actual ambientada en la Edad Media: ensayo de aproximación» en *Itinerarios medievales e identidad*

hispanica: XXVII Semana de Estudios Medievales, Estella 17 a 21 de julio de 2000, Pamplona, pp. 221-256.

Zaderenko, Irene, 2010: «Alfonso VI en la poesía épica y el Romancero», en David Pailini (coord.), «*De ninguna cosa es alegre posesión sin compañía*». *Estudios celestinescos y medievales en honor al Profesor Joseph Thomas Snow*, Tomo 2, Nueva York, pp. 349-363.